

LOS CUADERNOS DE TAIZÉ

8

Hermano François

El pan del silencio, es la Palabra.

Palabra y silencio: dos realidades que se condicionan. Cuando hay demasiadas palabras, nosotros nos retiramos para encontrar silencio. Pero una vez en silencio sentimos su carácter adverso. Un niño lo capta cuando ninguna otra palabra le es dirigida, se siente como atrapado por la angustia, puesto que tiene la impresión de no vivir, de sofocarse.

“El pan del silencio es la palabra” para citar a un autor suizo, Paul Hoppe, fallecido en 2006. Lo que permite mantener el silencio, es la palabra. Una palabra basta para hacer el silencio soportable incluso, a veces, para llenarlo enteramente.

Cuando queremos leer la Biblia para nosotros mismos, nos retiramos en el silencio. Sin embargo este silencio no debe quedar vacío, sino que debe hacernos acceder a una sustancia capaz de llenarlo.

Una lectura personal de la Biblia nos enfrenta a cuatro preguntas: ¿Por qué elegir la Biblia? ¿Qué es, en realidad, la Biblia? ¿Cómo dejarnos tocar por la Palabra que contiene? Y acto seguido ¿cómo hacer que esta Palabra entre en nosotros?

Lo sé: las dos palabras Biblia y Palabra no se encubren. Es de la Palabra, de la cuál nosotros tenemos necesidad, puesto que es ella quien puede alimentarnos. Pero esta Palabra viene a nosotros en un amplio conjunto: La Escritura. Puesto que es bajo esta forma escrita que se ha cristalizado para nosotros.

Este conjunto resulta seguramente demasiado amplio para explorar. Dónde encontrar lo que buscamos, ¿la Palabra viva? Quizás haya que proceder como cuando visitamos una exposición consagrada a un pintor: pasamos y volvemos a pasar ante los cuadros, nos familiarizamos con ellos, sin que aún estemos totalmente atrapados. Y de repente en un lugar determinado, la belleza del cuadro nos golpea. Allí permanecemos mucho tiempo. Volvemos incluso varias veces y es a partir de allí que los demás cuadros comienzan a hablarnos cada vez más. El pintor mismo se vuelve accesible hasta el punto que la realidad alrededor nuestro se deja ver de otra manera, como con sus ojos.

Podemos abordar la Biblia como abordamos dicha exposición: intentamos familiarizarnos hasta que un texto nos llama la atención haciendo que otros se descubran. Para finalizar, el Autor mismo nos habla. El ha abierto su corazón y nosotros tomamos consciencia que se dirige a otro corazón, el nuestro. Así pues comienza un diálogo destinado a durar hasta en la eternidad.

¿Por qué la Biblia?

Todas las tradiciones religiosas tienen sus libros sagrados por los cuáles expresan un gran apego. Para los cristianos la Biblia ha ocupado desde siempre un lugar único.

Sin embargo la pregunta puede aparecer: ¿No estamos como condicionados? ¿No existen otros libros que pudieran ayudarnos más, libros que nos inicien en una espiritualidad o nos aporten un discernimiento psicológico, libros más cercanos a nuestro día a día, más finos desde el punto de vista humano? Una determinada lectura religiosa más reciente, ¿no resulta más accesible que la Biblia proveniente de un pasado lejano, de una cultura tan diferente de la nuestra? Algunos se preguntan incluso, si las sagradas escrituras de otras religiones no resultan más educadas, menos groseras. ¿Por qué apegarse a la Biblia? ¿Qué tiene ésta de único?

Para responderla me gustaría reenviar la pregunta a quien la ha formulado: y tú, ¿sobre que

plano sitúas tu vida? Hay, desde luego, en la vida conocimientos, aptitudes, todo lo que nos hace falta para vivir mejor que son a adquirir. Sin embargo, desde el momento que se trata del amor, del desinterés, de la fidelidad, desde el momento que es necesario tomar las decisiones que van a determinar la orientación de nuestra vida, cada uno llama a lo que hay más profundo de sí mismo, a su corazón. Interviene entonces la confianza que queremos darle, la fe. ¿Y, no es en este nivel, que la Biblia ofrece algo único?

El combate que marca más nuestra vida es el de la fe. Nada nos expone más que el hecho de haber dado nuestra confianza a otro, de habérsela dado a Dios, a Cristo. No podremos vivir plenamente de esta confianza sin pasar por adversidades. Jesús mismo hace alusión enseñándonos a pedir que “no nos dejes caer en la tentación”: cuando la adversidad puede hacernos perder la fe, guárdanos de caer en ella, puesto que hay situaciones en las cuáles no sabemos a qué atenernos.

Cuando se trata del combate de la fe, ¿existe otro libro que sea también capaz de reavivar nuestro corazón y enderezar nuestras rodillas que desfallecen? La Biblia habla, como no se hace en ningún otro sitio, de lo hay en el fondo más íntimo de Dios. Ella muestra qué deseo en Él le empuja a buscar una comunión entre los humanos y hasta dónde ha querido ir este deseo: la Biblia dice el precio que tenemos a Sus ojos y qué caminos ha tenido que tomar para encontrarnos allí donde nosotros

estamos. Ella nos hace sentir hasta qué punto Él se vuelve solidario con nosotros cuando la desgracia nos golpea. Entonces lo que parecía infinitamente profundo en el corazón de Dios se revela al mismo tiempo infinitamente extenso y así, cada ser humano, sin excepción, resulta preocupado. Para mantener el ánimo nada es tan necesario como escuchar esta verdad una y otra vez.

Todas las imperfecciones de este libro no pueden quitarle su carácter único ni tampoco mermar su autoridad. Es cierto: hay muchas cosas que la Biblia no explica. Ella las deja en Dios respetando Su misterio. Lo que resta por descubrir en el curso de la historia, ella confía en la sabiduría humana. Pero lo que más nos turba es encontrar en la Biblia relatos o exigencias que oculten el verdadero rostro de Dios tal y como, finalmente, Él se nos ha dado a conocer. Es preciso entonces decirse que un libro cuya composición se extiende sobre más de mil años, sólo puede ser leído en la orientación que le es propio. En efecto, este libro no es un libro de piedad sino que relata la historia en la cuál Dios se revela con perseverancia y en la que su pueblo accede, poco a poco, a Su conocimiento. Nos toca a nosotros encontrar esta orientación: llevar toda nuestra atención sobre el deseo de Dios de revelársenos y, por nuestra parte, entrar en Su proyecto de establecer con nosotros la comunión más estrecha posible. Es en este sentido que la

Biblia pone decididamente nuestra existencia en el plano de la fe.

Cuatro enfoques de la Biblia

Antes de retomar la pregunta: “¿Qué es la Biblia?”, yuxtapongo cuatro enfoques de lectura diferentes que pueden hacerse.

Primero una máxima de San Juan de la Cruz: “El Padre sólo dijo una palabra, esta fue su Hijo; y en el silencio eterno Él no cesa de decirla: a nosotros entonces también de escucharla en el silencio”.

San Juan de la Cruz parece ignorar la multiplicidad de palabras contenidas en la Biblia. Según él, todas las palabras transmitidas en el nombre de Dios en el Antiguo Testamento no expresaban todavía lo que Dios tenía verdaderamente en el corazón. Para decir que Su ser mismo es amor, hacía falta más que discursos. Había que probarlo en la carne humana, yendo hasta el final de la lógica del amor, a través del don total y sin vuelta atrás. He aquí la Palabra incomparable, una prueba que nunca podrá ser sobrepasada.

Antes de esta Palabra reinaba el silencio marcado por la angustia, ya que los dramas de la existencia quedaban todavía sin verdadera respuesta. Después de esta Palabra el silencio continúa pero posee otro carácter. No habrá otras afirmaciones que tengan el mismo peso y deberemos cuidarnos de recubrir esta Palabra extrema de otras conside-

raciones que tenderían demasiado hacia nosotros. Semejante Palabra sólo puede ser recibida en el silencio.

La segunda epístola de San Pedro no habla de silencio o de palabra pero emplea otra imagen que va en el mismo sentido: “Hacéis bien en mirarla como a una lámpara que brilla en el lugar oscuro, hasta que el día despunte y el lucero de la mañana aparezca en vuestros corazones.” (2 Pedro 1, 19).

El realismo de este texto choca. Nos encontramos en un lugar totalmente oscuro. Por todas partes oscuridad. Sólo una pequeña lámpara nos alumbraba. La miramos mientras dura nuestra espera.

Es preciso retener esta expresión: mirar la Palabra. Esta es tomada en su totalidad y es así como se vuelve luz. Siendo luz reclama, antes que nada, que nuestra mirada permanezca fija en ella. Silenciosamente. Y cuando el día se haya levantado nos daremos cuenta que a través de esta mirada fiel puesta sobre la Palabra, Cristo, estrella de la mañana, habrá invadido nuestro corazón.

El tercer testigo que querría citar subraya particularmente el vínculo entre las Escrituras y la fe: “ellas son capaces” dice San Pablo a uno de sus más cercanos colaboradores, “de procurarte la sabiduría que conduce a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3, 15).

Si las Escrituras nos dan a conocer esta salvación única que ha sido realizada en Cristo y que se abre a nosotros en la fe, éstas lo hacen en nosotros dándonos el sabor. La palabra “sabiduría” dice más

que “conocimiento”, sugiere un conocimiento por la experiencia: las escrituras nos permiten saborear la salvación.

Si hay en ellas muchos sitios dónde un “no” es pronunciado contra los proyectos de los hombres, así como sus deseos, sus debilidades y sus ilusiones, esto no debe desorientarnos. Estos “no” apuntan contra las pretensiones e ilusiones que no pueden conducir a la salvación, liberando al mismo tiempo un camino que nos abre a la gratuidad propia de la salvación. Y facilitándonos el sabor de esta gratuidad, la Biblia nos enseña a no amar lo que no tiene ese sabor.

Este tema del sabor nos lleva a un cuarto enfoque posible. El filósofo judío alemán Franz Rosenzweig, fallecido en 1929 definía así la diferencia entre la lectura de la Biblia y la de todos los otros libros: para estos últimos, decía él, basta con leerlos para tomar conocimiento de su contenido. “Para aprender lo que se encuentra en la Biblia, es preciso dos cosas: escuchar lo que ella dice, y prestan atención al latido del corazón humano. La Biblia y el corazón dicen lo mismo”.

¿Por qué semejante insistencia sobre el latido del corazón humano? Es verdad que un acercamiento abstracto y puramente intelectual deja a menudo de lado la intención de los textos bíblicos y conduce incluso a contrasentidos. La manera en que la Biblia describe el amor de Dios, Su fidelidad, el ardor, el combate y las súplicas de este amor sólo puede comprenderse si uno mismo experimenta

estas realidades. El lenguaje de la Biblia queda sin fuerza en tanto no apelemos a todos los recursos del corazón humano. Sólo puede captar este libro un corazón capaz de vibrar con lo que perciba en el del Corazón de Dios.

¿Qué es la Biblia?

Esta pregunta necesitaría una respuesta dogmática, pero aquí, la planteo desde el punto de vista de quién intenta leer la Biblia personalmente. ¿Qué puede significar? ¿Qué se puede encontrar en ella?

Lo primero, me parece, el testimonio único e indispensable sobre la persona de Cristo. Sin la Biblia, ¿qué sabríamos nosotros de Jesús? ¿Qué sabríamos de su vida, de su muerte, y de su resurrección, si no tendríamos los Evangelios? ¿Qué nos haría comprender todo lo que se desprende de su misterio pascual si los apóstoles no nos habrían dejado sus escritos? Su propia fe, su arraigamiento humano permanecerían incomprensibles sin los grandes textos fundadores del Antiguo Testamento. No existe ningún otro acceso a la verdad de Jesús que la Escritura.

En este sentido preciso, la Biblia puede decirse “inspirada”. Ella garantiza el verdadero conocimiento de Cristo. Desde luego que se puede buscar detrás de los textos bíblicos otra verdad sobre Jesús, argumentando que sus autores eran tributarios de la cultura de su tiempo, tributarios de

determinados prejuicios o de una preocupación de embellecimiento. Podemos también dar más crédito a los Evangelios apócrifos o preferir determinadas hipótesis mencionadas “científicas” para llegar a una imagen más accesible de Jesús, una imagen más conforme a nuestros deseos. Pero el hecho queda: para quién arriesga su vida en el seguimiento de Jesús, sólo la Biblia tiene el poder de ponerlo en marcha. Este testimonio ofrece lo que resulta válido y verdaderamente probado.

Diciendo esto no pretendo hacer del cristianismo una religión del Libro. Nuestra fe se vincula siempre a Cristo vivo. Es a él que ella escucha y que quiere seguir. Es él en su persona de Resucitado que tiene autoridad sobre nuestras vidas. Pero es por medio del testimonio escrito que se hace presente en nosotros. Sin este testimonio nos quedaríamos en unas interpretaciones completamente relativas y sin fuerza. Nada superará nunca a este libro.

Sin embargo, no basta con presentar a la Biblia como el testimonio irremplazable sobre Cristo. Ya que ella sitúa este testimonio al interior de un extenso diálogo, un diálogo entre Dios y los suyos. El testimonio no cae de lo alto. Ha estado preparado por un diálogo y cobra forma de diálogo.

Para que Su Hijo pueda nacer entre los hombres, Dios tuvo que preparar la tierra a través de una historia singular, limitada a un solo pueblo. Esto siempre permanecerá para nosotros como un gran misterio. La semilla de vida divina no podía

entonces ser depositada en el corazón de la humanidad sin que un largo surco haya sido trazado y que ésta haya sido sembrada profundamente a través de muchos fracasos y quebrantos. Un idilio no habría puesto nunca a nuestra tierra en estado de recibir a Cristo. Puesto que la relación entre Dios y los hombres no se sitúa sobre este plano. Aceptemos las etapas de este diálogo, aceptemos las imperfecciones. A través de este largo diálogo se dibuja el verdadero rostro de Dios. Cristo mismo supo que toda su misión debía inscribirse en la extrema limitación de este camino único.

El testimonio dado por la Biblia y el diálogo del que ella da cuenta se sitúan en el pasado. Pero no cesan con los profetas, los evangelistas y los apóstoles. Continúan pero sin tener la misma autoridad. En efecto, no añadimos otros libros a la Biblia. El sitio que se nos da resulta diferente: es preciso que el testimonio de la Biblia sea confirmado por el nuestro. Sino, no tiene peso. La Biblia no tiene autoridad más que si la Iglesia atesta por medio de toda su vida que, lo cuál ella atestigua es verdadero- tan verdadero que los testigos están listos a dar su vida. Si la Biblia se reduce a un documento del pasado, a un libro muerto cuyo sentido no se desvela gracias sólo a un refinamiento exegético, entonces hay que interrogarse.

Ella hablará aún hoy si nos comprometemos nosotros mismos a ser esta “carta de Cristo” que san Pablo dice que “está escrita por el Espíritu de

Dios vivo en tablas de carne en nuestros corazones” (2 Corintios 3, 3).

Nadie discute hoy el hecho que la dificultad experimentada en la lectura de la Biblia viene de su arraigo a un pasado lejano y a una cultura milenaria. Mientras que hasta la última guerra venerábamos lo que es antiguo, el increíble desarrollo de la técnica provoca un vuelco radical en la percepción del pasado: lo antiguo parece obsoleto, inadaptable, inutilizable. ¿Cómo podríamos referirnos a la Biblia?

No sólo la técnica acentúa la distancia en el tiempo. La civilización secularizada en la que vivimos nos quita todas las referencias de las cuáles necesitaríamos para entender ciertas nociones bíblicas tan centrales como redención, santidad, arrepentimiento, vida nueva. Para poner remedio a esta situación, las recetas o los artilugios intelectuales no bastan. Hace falta un lenguaje nuevo y este lenguaje nuevo reclama un paso por el crisol de nuestra vida. Incluso con lo muy poco que comprendemos volvemos a la Biblia de nuevo audible, legible, visible, cuando nuestra misma vida llegara a ser una Carta de Cristo. En sus escritos de cautividad Dietrich Bonhoeffer sintió fuertemente este desconcierto en el cuál nos encontramos. Sabía que no teníamos todavía este nuevo lenguaje. Todo lo que podemos hacer, dice, es “rezar y hacer lo que es justo... y el tiempo de Dios vendrá”.

¿Cómo dejarnos tocar por la Palabra?

Podemos simplemente leer la Biblia para aumentar nuestros conocimientos o verse confirmado en la fe. Esto es totalmente válido. Sin embargo, una lectura personal de la Biblia apunta más lejos. Nos hace entrar en un diálogo, el cual va a reclamar nuestro corazón y que por lo tanto va a exponernos.

Una lectura personal de la Biblia nos expone puesto que intentamos acoger conscientemente la palabra de Otro. En vez de permanecer en lo que nos viene habitualmente, nos esforzamos en captar una voz que no viene de nosotros, que nos interpela y nos saca de lo que nos encierra o nos aísla, una voz que tiene sobre nosotros otra opinión que la que nosotros pensamos de nosotros mismos. ¿Sabremos dejar que esta voz nos moleste, nos diga cosas que a nosotros se nos han escapado, desvelarnos lo que escondemos a nuestros propios ojos?

¡Alteridad de la Palabra! Ya que esta palabra no está en el mismo plano que los discursos que se oyen a nuestro alrededor y no se deja tampoco confundir con las ideas que nos habitan. La Palabra de Dios se presenta probablemente de una manera más pobre. Puede incluso parecer poco interesante. Pero ella se distingue fundamentalmente por la fuente de la que proviene. Puesto que habla de este misterio que está al origen de todo y lleva

todo, de este amor que no habríamos nunca podido concebir por nosotros mismos.

En este sentido la Palabra tiene sobre nosotros una autoridad única, no una autoridad que se impone arbitrariamente sin tener en cuenta lo que nosotros somos, sino que esta única y verdadera autoridad que nos hace ser y crecer. Quién acoge esta Palabra se atreve a exponerse a su alteridad liberando así en su vida el espacio que ella necesita para hacerse oír. Aparta todo lo que podría estorbar este espacio. Desea que esta Palabra le acompañe a lo largo de su vida y para esto se acostumbra al silencio.

Insistir de este modo sobre la alteridad de la Palabra no significa en absoluto guardarla al exterior de sí mismo. Orígenes, uno de los primeros padres de la Iglesia, subrayó fuertemente el hecho que la Palabra que viene a mí corresponde a lo que ésta espera de mí. Si podemos comparar la Escritura con un pozo, una fuente “parece ser también que cada una de nuestras almas es un pozo de agua viva”. “La operación actual de Cristo en tanto que Verbo de Dios consiste en poner a un lado la tierra de cada una de nuestras almas y liberar la fuente que allí se encuentra”. Si entonces la Palabra debe venir del exterior para destapar la fuente, ésta no nos resulta, sin embargo, extranjera. Libera desde dentro lo que ya es de Dios. Él que habla en la Palabra hablará también en nuestras profundidades.

Para dejarnos tocar por la Palabra se necesita mucha simplicidad. La marcha hacia delante de la

Iglesia a través de los siglos ha dependido, muy a menudo, de hombres y mujeres que han dado fe a la Palabra y la han puesto en práctica sin dudar. Incluso si sólo habían captado poca cosa, este poco tenía para ellos una evidencia tal y una tal urgencia que sólo podían que realizarlo. El autor del Salmo 119 dice bien que no me conviene esconderme detrás de la competencia de otras personas que tienen más experiencia, “los maestros”. (v.99): debo atreverme a exponerme, “poner mi alma entre mis manos” (v.109) ya que ahora es Dios mismo quién quiere “instruirme” (v.102); me toca a mí “acelerar y no retardar más la observación de lo que he comprendido”. (v.60).

Esta simplicidad implica una parte de soledad. Debo asumir esta soledad delante de la Palabra porque ésta me interpela personalmente. Debo particularmente asumirla en los momentos en dónde ésta provoca en mí un problema. En efecto, muy a menudo, la Palabra nos hace tocar un umbral: ¿cómo pasar de lo que parece humanamente imposible a lo que será posible con Dios? ¿Estoy tentado de refugiarme en consideraciones teóricas o esconderme detrás de la opinión de otros o estoy listo para permanecer solo con la Palabra? Ella lanza una llamada a mí ser más profundo y apunta a lo que nadie más puede hacer en mi lugar.

Como sucedió en otras ocasiones en la cual la tradición hubo cubierto demasiado la Palabra hasta el punto de quitarle su fuerza explosiva; el mismo peligro podría volver hoy, a causa del gran

desarrollo de los estudios exegéticos que podrían estos también crear un efecto de pantalla inmovilizando nos en informaciones, verificaciones y análisis. Sin embargo hay que decir que tanto la tradición como el trabajo exegético pueden ayudarnos poderosamente a confrontarnos con la Palabra: la tradición (sobre todo la más antigua) por su extrema preocupación de no dejar la Palabra alejada, sino que de aplicarla en el presente; y el trabajo exegético, porque valorando las situaciones en las cuáles los textos nacieron puede hacernos ver los paralelismos con nuestras situaciones actuales.

La soledad que reclama la lectura personal de la Biblia debe entenderse bien. Intentando dejarme tocar por ella, no puedo atraer la Palabra hacia mí y hacer que diga lo que me conviene. Por qué ella no es mía. La Palabra es “otra” y esta alteridad tengo que respetarla hasta el final. La Palabra pertenece a Ese que la ha dicho y Ese mismo la ha confiado a una comunión de creyentes de todos los siglos y de todos los lugares. Incluso en mi soledad la Palabra llega hasta mí gracias a una obediencia que ha atravesado los siglos. La lectura que hago la comparto con toda la Iglesia, con todos sus “santos” que han intensamente vivido de ella. Si la olvidara podría caer en una ilusión de mi mismo y, al mismo tiempo, alejarme de una verdadera puesta en práctica. Exponerme a la Palabra implica que la respete como algo que no será nunca mi propiedad personal.

¿Cómo hacer que la Palabra entre en nosotros?

Dios viene a nosotros en Su Palabra. El encuentro con Él no empieza con lo que viene a nosotros, con sentimientos más o menos precisos. Incluso la búsqueda de un vacío no es primera. Dios se dirige a nosotros de manera inteligible para recibir de nosotros una respuesta consciente y libre. Pero esta Palabra que viene a nosotros quiere llegar a ser palabra interior. Ella no es solamente anuncio o mandamiento. Tiene el poder de hacernos renacer (Juan 1, 12; Santiago 1,18 y 1 Pedro 1, 23). Y este renacimiento, este “llegar a”, puede operarlo cada día de nuevo.

¿Cómo hacer entonces para que esta Palabra llegue a ser verdaderamente nuestra? En un texto bastante célebre Guigues II, cartujo, distingue cuatro etapas: lectura, meditación, oración y contemplación. Apoyándose en el texto de Mateo 7, 7 él precisa: si la lectura busca, la meditación encuentra; si la oración pide, la contemplación saborea. “La lectura lleva de alguna manera, el alimento sólido a la boca, la meditación la mastica y tritura, la oración hace que adquiera sabor y la contemplación es la dulzura que alegra y restaura. La lectura está en el escorzo, la meditación en el meollo, la oración en la solicitud del deseo y la contemplación en el bienestar y la dulzura obtenida”.

La Palabra se presenta como un alimento. Debe

ser comido lentamente para que extraigamos toda la sustancia nutritiva. La “rumiamos” incluso mucho tiempo, ya que es así como ella llega a ser asimilable, capaz de penetrarnos. Ella es dada para hacerse cuerpo con nosotros y entrar en nuestra sangre expandiendo la energía y el calor que le son propios. La comparación con el alimento dice bien que la asimilación de la Palabra no queda a nivel intelectual, sino que se hace a través de todo el ser, cuerpo y alma.

Antes de abordar el primero de los cuatro grados de Guigues es necesario tener bien en cuenta que toda recepción de la Palabra supone la escucha como disposición más fundamental. Sabiendo de quién viene me entrego a la Palabra. No puedo ni siquiera contentarme con un silencio exterior. Es en la profundidad del ser que debe haber una reciprocidad, una atención, un ponerse al descubierto.

He aquí como el servidor del Señor describe esto por él mismo: “todas las mañanas Dios despierta mi oreja para que escuche como un discípulo. El Señor Dios me abre el oído”. (Isaías 50, 4-5). Cada mañana el oído corre el riesgo de quedarse dormido, tiene la necesidad de ser despertado y ser sacado de su somnolencia. Y como ocurre fácilmente que se permanece cerrado, Dios tiene que abrirlo, destaparlo, “perforarlo” como también dice otro texto (Salmo 40, 7). Así aparezco como un “discípulo”, como alguien que no pretende saber, pero

como alguien que se hace pura espera frente a la voluntad del Maestro.

Con Dios debo hacer más o menos como cuando escucho a otra persona. No me contento con grabar formalmente se dice. Escucho por debajo de las palabras pronunciadas para adivinar lo que no llega a decirse. Mi mirada y mi corazón están comprometidos en mi escucha. Con Dios busco también adivinar como la Palabra se dirige a mí, cuál es el sonido de Su voz. Busco discernir los trazos de un rostro. La escucha no es nunca pasiva. Un oído abierto permanece constantemente en vigilia. “¡El que tenga oídos que oiga!”

En la lectura una cierta exigencia se añade aún a esta atención de la escucha. Cuando tenemos un texto escrito delante nuestro, quién lo ha escrito no está ahí para corregir lo que hemos entendido mal o para insistir sobre lo que se nos habría escapado. Debemos encargarnos de ello nosotros mismos. Una mayor concentración es pues necesaria. Nos toca a nosotros insistir sobre nosotros mismos.

La lectura supone entonces un esfuerzo particular de atención: valorar las palabras y observar los detalles, representarse la situación, interrogar al texto sobre su intención; en vez de traer el texto hacia sí, ir hacia él y respetarlo tal cuál se presenta; hacer que intervengan todos nuestros sentidos: “ver” todo lo que está en juego en un texto, repetir para sí mismo los gestos de los que se trata; tocar y sentir.

Después de la lectura viene la meditación pro-

piamente dicha. Si hay una diversidad de métodos que conviene a los diferentes caracteres humanos, debe haber también algo esencial a toda meditación. La Palabra, en efecto, no es sólo comparable a un alimento, ella puede ser comparada también con una semilla. Si ésta debe morir en tierra para expandir su sustancia y llegar a ser fecunda (ver Juan 12, 24), ella tiene también la necesidad de una tierra buena, generosa que sea capaz de aportar la sustancia necesaria (Lucas 8,15). Dos veces se trata de la sustancia: la de la palabra que debe descender en nosotros y la de la tierra de acogida (el corazón) que debe ofrecer lo mejor de ella.

Guigues II decía que la “meditación está en el meollo”. Ella busca en efecto la sustancia de la Palabra. Como si de una nuez se tratara, se quita la cáscara de la palabra bíblica para desnudar lo comestible. O para tomar otra imagen: se exprime como una naranja para poder aprovechar todo el zumo que ella contiene. La sustancia de la Palabra es siempre lo que viene del Corazón de Dios. Es esto lo que hay que buscar y no debemos detenernos antes de haberlo encontrado puesto que la “meditación encuentra” nos recuerda Guigues.

Nuestra propia sustancia debe, ella también, entrar en el trabajo de la meditación. Ya que la Palabra tiene necesidad de todo lo que nosotros somos para poder dar frutos en nosotros. La tierra de nuestro corazón no debe ser una tierra ingrata ni una fina capa superficial. Todas las energías que nuestro corazón dispone son requeridas para que

la semilla, muriendo, saque algo para hacer nacer y crecer una planta y un fruto. Puesto que el objetivo es claramente que la Palabra llegue a ser tan nuestra que nosotros no tengamos prácticamente ninguna necesidad de recordarla, pero que desde dentro nuestro ella trabaje “por sí misma” (Marcos 4, 28), casi sin que lo sepamos.

Podemos hacer que un texto “descienda” memorizándolo, dándole así a las palabras siempre más resonancia y color. Podemos dejarnos también atrapar por tal o tal elemento, darle la vuelta en todos los sentidos y llegar así a situarse uno mismo en el texto como si fuésemos uno de los participantes. Incluso podemos simplemente extraer los puntos que más nos chocan y profundizarlos haciéndoles preguntas e interrogándose uno mismo. Lo importante es saberse, cada vez, interpelado por el texto como si éste dijera: “aquí se trata de ti”.

De esta manera la meditación se vuelve oración. Oración que llama a la puerta para que “el Corazón de Dios se abra en las palabras de Dios”, según la expresión de san Gregorio el Grande. Oración que compromete todo nuestro ser a no sustraer nada a la influencia de la Palabra. Oración que sobretodo transforma la Palabra dada en un diálogo, poniendo “tu” allí dónde se trata de Dios y de Cristo, y “yo” allí dónde se trata del hombre. Un versículo difícil como Juan 17,19 se vuelve mucho más existencial cuando extraigo de él esta oración: “tu te has santificado por mí, oh Jesús, para que yo sea también santificado: tu te has dado sin reservas al

Padre y en este don de ti mismo, tú me concedes de darme, eso de lo cuál yo no soy capaz por mi mismo”.

Finamente, Guigues II observa que a propósito de semejante oración, que si la meditación está en el meollo, “la oración está en la solicitud del deseo”. Cuando la Palabra se vuelve oración, ella despierta deseos, hace nacer intuiciones. Hacer del texto un diálogo lo vuelve más cercano y le permite al mismo tiempo lanzarnos hacia delante. Quién reza se abre al Espíritu, y el Espíritu vivifica (2 Corintios 3, 6). Tiene el poder de hacer un texto deseable, realizable, de darle vida.

Entonces la escucha se vuelve, poco a poco, mirada, contemplación. Las preguntas inevitables – “¿Cómo hacer?” “¿Hasta dónde ir?”, pierden su agudeza. La Palabra recibida establece un silencio. Le toca a Dios dar lo que él ordena y a nosotros, dejarle el campo libre para la realización. Si él nos ha hecho comprender lo que espera de nosotros, él también va a conducirlo paso a paso. Una vez más, nos toca a nosotros seguir su manera de hacer y no precederla. Adivinar más bien cómo él va delante nuestro y nos prepara para permanecer en acuerdo con Su voluntad.

La contemplación bíblica no consiste en una subida hacia verdades atemporales, sino que en un abandono al proyecto de Dios. La mirada se enfoca hacia delante para seguir las intenciones de Su proyecto de amor hacia los hombres, intenciones que deben realizarse en la tierra y a través de la

historia. Entonces, estando completamente comprometidos, cuerpo y alma, no sentimos más la necesidad de controlar los acontecimientos. La grandeza del amor de Dios nos ha enseñado a dejarle todo el sitio y no intervenir antes de tiempo. Es Su proyecto que debe realizarse como él lo entiende. Nuestra mirada se hace entonces espera, “espera contemplativa” como decía el hermano Roger.

La recepción de la Palabra cumple su cometido en esta mirada de fe. Al tocarnos bien en profundidad, la Palabra habrá puesto toda nuestra existencia sobre este plano: avanzar creyendo, llevar en nosotros la felicidad de la fe.

© Ateliers et Presses de Taizé, 71250 Taizé, France
DL 1090 — juin 2009 — ISSN : 2101-731X — ISBN 9782850402746

Achevé d'imprimer en juillet 2008 imprimerie — AB. Doc, 71100 Chalon sur Saône